

DISERTACION V.

CONSTITUCION FÍSICA Y MORAL DE LOS MEXICANOS.

CUATRO clases de hombres pueden distinguirse en México y en otros países de América: 1.º Los propiamente americanos, vulgarmente llamados *indios*, esto es, los descendientes de los antiguos habitantes del Nuevo-Mundo, cuya sangre no se ha mezclado con la de los pueblos del antiguo. 2.º Los europeos, los asiáticos y los africanos, establecidos en aquellos países. 3.º Los hijos y descendientes de éstos, llamados *criollos* por los españoles, nombre que se da principalmente á los hijos ó descendientes de europeos, cuya sangre no se ha mezclado con la de los americanos, africanos, ni asiáticos. 4.º Las razas llamadas *castas* por los españoles: es decir, los hijos ó descendientes de europeo y americana, ó de europeo y africana, ó de africano y americana, etc. A todas estas clases de hombres comprenden los denuestos de Mr. de Paw. Supone ó finge tan maligno al clima de América, que hace degenerar no solo á los criollos y á los americanos, sino tambien á los habitantes europeos de aquellos países, á pesar de haber nacido bajo un cielo más blando y en un clima más favorable, como él dice, á todos los animales. Si aquel escritor hubiera compuesto sus *Investigaciones filosóficas* en América, podríamos con razon sospechar la degeneracion de la especie humana en el Nuevo-Mundo; pero como vemos que aquella obra y otras del mismo jaez se han escrito en Europa, tenemos un nuevo testimonio de la verdad del refran español, imitado del griego: *Todo el mundo es Popayan*. Pero dejando aparte los despropósitos de aquel filósofo y de sus partidarios contra las otras clases de hombres, hablaré solo de lo que escribe contra los propiamente americanos, que son los más injuriados y los más indefensos. Si á esta tarea me indujese alguna pasion ó interes, me hubiera encargado más bien de la causa de los criollos, que además de ser la más fácil, es la que más de cerca me toca. He nacido de padres españoles y no he tenido la menor afinidad ni consanguinidad con indios, ni espero el menor galardón de

su miseria. Así que, solo el amor á la verdad y el celo en favor de la especie humana, me hacen abandonar la causa propia y abrazar la ajena, con ménos peligro de errar.

CUALIDADES FÍSICAS DE LOS MEXICANOS.

Mr. de Paw, que critica la estatura, la forma y las supuestas irregularidades de los animales americanos, no se ha mostrado más indulgente para con los hombres de aquel país. Si los animales le parecieron una sexta parte más pequeños que los de Europa, los hombres son tambien, en su opinion, más pequeños que los castellanos. Si en los animales notó la falta de cola, en los hombres censuró la falta de pelo. Si en los animales halló notables deformidades, en los hombres vitupera el color y las facciones. Si creyó que los animales eran ménos fuertes que los del continente antiguo, tambien afirma de los hombres que son debilísimos y que están expuestos á mil dolencias, ocasionadas por la corrupcion de aquel aire y por las exhalaciones pestilentes de aquel terreno.

En cuanto á la estatura de los americanos, dice en general, que aunque no sea igual á la de los castellanos, hay poca diferencia entre la de unos y otros. Pero yo estoy seguro, y es notorio en todo México, que los indios que habitan aquellos países, esto es, los que están desde el 9º hasta el 40º de latitud septentrional, hasta donde han llegado los descubrimientos de los españoles, tienen más de cinco piés de Paris de alto, y que los que no pasan de aquella estatura son más raros entre los indios que entre los españoles. Tambien estoy cierto de que muchas de aquellas naciones, como los apaches, los hiaqueses, los pimeses y los coquimes¹ son, á lo ménos, tan altos, cuanto los más altos europeos, y no sé que en toda la vasta extension del Nuevo-Mundo se halle un pueblo, excepto los esquimales, cuya estatura sea tan reducida como la de los lapones, samoyedos y tártaros septentrionales del antiguo continente. Así que, bajo este aspecto, no ceden los Mexicanos á los habitantes de las otras partes del mundo.

En cuanto á la regularidad y proporcion de los miembros, no es necesario añadir nada á lo que he dicho en el libro I de mi Historia. Estoy persuadido de que no habrá una sola persona de las que lean esta obra en América, que contradiga la descripción que allí hago de las formas y del carácter de los indios; á ménos de tener nubes en los ojos y trastornado el cerebro. Es cierto que D. Antonio Ulloa dice, hablando de los indios de Quito, haber observado "que entre ellos abundan los imperfectos, ó porque tienen los cuerpos irregulares y monstruosos á causa de su pequeñez, ó porque pierden la razon, el habla ó la vista, ó porque les falta algun miembro;" pero habiendo yo hecho grandes investigaciones acerca de esta singularidad de aquellos pueblos, he sabido, por personas dignas de fé y prácticas en el conocimiento del país, que estos defectos no nacen de los malos humores, ni del influjo del clima, sino de la mal entendida y cruel humanidad de los padres, los cuales, por sustraer á sus hijos de los gravámenes y fatigas que los españoles exigen de los indios sanos, los inutilizan en la niñez y los ponen imperfectos é irregulares; lo que no sucede en los otros países de América, ni tampoco en los otros pueblos de Quito, en que los indios están exentos de aquellas penalidades. Mr. de Paw y el Dr. Robertson dicen que entre los salvajes de América no se hallan perso-

¹ Lo que digo de las naciones de la América Septentrional, se puede aplicar á los chilenos, á los patagones y á los otros pueblos de la Meridional.

nas irregulares y monstruosas, porque, como los lacedemonios, dan muerte á los niños que nacen ciegos, jorobados ó privados de algun miembro; pero que en los países en que están reunidos en sociedad y en que la vigilancia de los que los rigen no permiten ejercer aquella cruel prevision, el número de los individuos defectuosos es mayor que en cualquier parte de Europa. Este seria un excelente modo de eludir la dificultad, si se fundara en hechos positivos; pero si ha habido en América alguna tribu salvaje que haya imitado el ejemplo de los tan celebrados lacedemonios, ¹ no se infiere de aquí que deba imputarse la misma barbarie á los otros pueblos de aquel continente; pues es innegable que la mayor parte de las naciones americanas desconocen aquel uso, como puede demostrarse por el testimonio de los escritores mejor instruidos en sus costumbres. Además de esto, en todos los países de México, los cuales forman á lo ménos una cuarta parte del Nuevo-Mundo, los indios viven en sociedad y congregados en ciudades, villas ó aldeas, bajo la vigilancia de magistrados y de párrocos españoles ó criollos. Allí no se tiene noticia de la inhumana precaucion que alegan en su defensa los dos mencionados escritores, y sin embargo de esto, todos los españoles y criollos que vinieron de México á Italia en 1768, fueron entónces y están hoy día maravillados de observar en los pueblos de esta cultísima península tan gran número de ciegos, cojos, tullidos y estropeados. Es, pues, harto diversa de la que imaginan aquellos autores, la causa de aquel fenómeno observado por tantos escritores en América.

Del color de aquellos pueblos no se puede sacar ninguna objecion contra el Nuevo-Mundo; pues aquel color es ménos distante del blanco de los europeos, que del negro de los africanos y de una gran parte de los asiáticos. El cabello de los Mexicanos y de los otros indios, como ya he dicho en otra parte, es espeso y tupido, su barba escasa, y por lo comun, ² carecen de vello en las piernas y en los brazos; pero es un error decir, como dice Mr. de Paw, que están enteramente privados de pelo en todas las otras partes del cuerpo. Este es uno de los muchos pasajes de las *Investigaciones filosóficas*, en que no podrán contener la risa los Mexicanos y otros pueblos de América, viendo el tenaz empeño de un filósofo europeo en privarlos de lo que la naturaleza les ha concedido. Leyó sin duda aquel autor la ignominiosa descripcion que Ulloa hace de algunos pueblos americanos del Mediodía, y de este solo dato dedujo, con su acostumbrada lógica, una conclusion universal. ³

El aspecto solo de un angolano, mandinga, ó congo, hubiera debido espantar á Mr. de Paw y desuadirlo de su mal-humorada censura contra el color, las facciones y el pelo de los americanos. ¿Puede imaginarse un conjunto más opuesto á la idea general que tenemos de la belleza y de la perfeccion del cuerpo humano, que un hombre fétido, cuya piel es negra como la tinta, la cabeza cubierta de lana negra en lugar de cabello, los ojos amarillentos ó rojos, los labios gruesos y negruzcos, y la nariz aplastada? Tales son los habitantes de una gran parte del Africa y de muchas islas de Asia. ¿Qué hombres más imperfectos que los que tienen apénas cuatro piés de estatura, el rostro largo y

¹ La inhumanidad de matar á los niños que nacen disformes, no solo era permitida en Roma, sino prescrita por las leyes de las XII tablas: *pater insignem ad deformitatem puerum cito necato.*

² Digo por lo comun, porque hay en México pueblos barbudos, y que tienen vello en los brazos y en las piernas.

³ Ulloa, en la descripcion que hace de los indios de Quito, dice que ni á los hombres ni á las mujeres les nace pelo, cuando llegan á la edad de la pubertad. Sea lo que fuere de esta singularidad y de su causa, lo cierto es que en el resto de América la pubertad tiene los mismos síntomas que en las otras partes del mundo.

chato, la nariz respingada, los ojos de un amarillo oscuro, los párpados estirados hácia las sienas, las mejillas desproporcionadamente elevadas, la boca grandísima, los labios gruesos y prominentes, y estrechísima la parte inferior de la cara? Tales son, segun el conde Buffon, los lapones, los zembleses, los borandianos, los samoyedos y los tártaros orientales. ¿Qué objeto más disforme que un hombre con el rostro largo y arrugado aun en la juventud, la nariz gruesa, los ojos pequeños y hundidos, las mejillas altas, la parte superior de las mandíbulas encorvada, los dientes largos y desunidos, las cejas tan peludas que cubren los ojos, los párpados carnudos, los muslos grandes, las piernas pequeñas, y cubierta una parte del rostro de cerdas en lugar de barba? Tal es el retrato que el mismo naturalista hace de los tártaros, pueblos que, segun dice, habitan una porcion del Asia, que tiene más de 1,200 leguas de largo y más de 750 de ancho. Entre ellos, los calmucos son los más notables por su deformidad, la cual les ha merecido el título de los hombres más feos del universo, como lo llama el viajero Tavernier. Su rostro es tan ancho, que, si hemos de dar crédito á Buffon, tienen entre los dos ojos un espacio de cinco á seis dedos. En Calicut, en Ceilan y en otros países de la India, hay, segun Pyrad y otros escritores, una raza de hombres con una de las piernas, y aun con ambas, cada una tan gruesa como el cuerpo de un hombre regular, imperfeccion hereditaria entre ellos. Los hotentotes tienen, entre otros defectos, aquella monstruosidad de un apéndice calloso, que se extiende desde el hueso púbis hácia abajo, como atestiguan todos los que han descrito los países inmediatos al Cabo de Buena Esperanza. Marco Polo, Struys, Gemelli y otros viajeros afirman, que en el reino de Lambry, en la isla Formosa y en la de Mindoro, se hallan hombres con cola. Mr. de Bomare dice que ésta en los hombres no es más que una prolongacion del hueso sacro, ó rabadilla: ¿qué otra cosa es la cola en los otros animales, sino una prolongacion del mismo hueso, aunque dividida en muchas articulaciones? Llámese como se quiera, un hombre con rabo no deja de ser un conjunto harto irregular y monstruoso.

Si nos pusiéramos á recorrer las otras naciones africanas y asiáticas, apénas hallariamos una pequeña parte de ellas que no se distinga, ó por la oscuridad del color, ó por alguna irregularidad más enorme, ó por algun defecto más notable que cuantos Mr. de Paw censura en los americanos. El color de éstos es mucho más claro que el de casi todos los habitantes de Africa y del Asia meridional. La escasez de barba es comun á los filipinos, á los pueblos del Archipiélago Indico, á los famosos chinos, á los japoneses, á los tártaros, y á otras muchas naciones del antiguo continente, como saben todos los que tienen alguna idea de la variedad de la especie humana en los diversos países del globo. Las imperfecciones de los americanos, por mucho que se exageren, no pueden compararse con los defectos de aquellos pueblos inmensos cuyo dibujo he bosquejado y con los de otros que omito. Véase lo que dicen el conde de Buffon en el tomo VI de su *Historia Natural*, y todos los viajeros de Asia y Africa. Estas consideraciones hubieran debido refrenar la pluma de Mr. de Paw; pero ó las echó en olvido, ó maliciosamente las disimuló.

Mr. de Paw representa á los americanos débiles y enfermizos: Ulloa afirma, por el contrario, que son sanos, robustos y fuertes. ¿Cuál de estos dos escritores merece más crédito? Mr. de Paw que se puso á filosofar en Berlin sobre los americanos, sin conocerlos, ó D. Antonio de Ulloa, que por muchos años los vió y trató en diversos países de la América Meridional? ¿Mr. de Paw que se propuso vilipendiarlos y envilecerlos, para establecer su desatinado sistema de

la degeneracion, ó D. Antonio de Ulloa, que, aunque poco favorable á los indios, no trató de formar un sistema, sino de escribir lo que creyó verdadero? Decidan esta cuestion los lectores imparciales.

Para demostrar la debilidad y el desconcierto de la constitucion física de los americanos, alega Mr. de Paw otras razones, de que debo hacerme cargo, y son las siguientes: 1.^a Que los primeros americanos traídos á Europa, rabiaron en el viaje, y que la rabia les duró hasta la muerte. 2.^a Que los hombres adultos, en muchos países de América, tienen leche en los pechos. 3.^a Que las americanas paren con demasiada facilidad, tienen una extraordinaria abundancia de leche y muy escasa é irregular la periódica evacuacion de sangre. 4.^a Que el ménos vigoroso europeo vencía en la lucha á cualquier americano. 5.^a Que los americanos no pueden sobrellevar un peso ligero. 6.^a Que padecian el mal venéreo y otras enfermedades endémicas.

En cuanto á la primera prueba, la niego como absolutamente falsa y destituida de fundamento. Mr. de Paw, fiado en la autoridad del flamenco Dappers, dice que los primeros americanos que trajo consigo Cristóbal Colon el año de 1493, quisieron darse muerte en la navegacion; pero que habiéndolos atado, para evitar la ejecucion de aquel designio, se pusieron rabiosos y continuaron en el mismo estado hasta su muerte: que cuando entraron en Barcelona, espantaron de tal modo á los habitantes con sus gritos, contorsiones y movimientos convulsivos, que todos los creían frenéticos. Yo no he visto la obra de Dappers; pero no dudo que toda esta relacion es un conjunto de fábulas absurdas, pues no hallo quien haga mencion de tal suceso, ni entre los autores contemporáneos, ni entre los que escribieron en los años siguientes: ántes bien, de lo que atestiguan éstos, se puede demostrar la falsedad de toda la historia.

Gonzalo Fernandez de Oviedo, que se hallaba en Barcelona cuando llegó Cristóbal Colon; que vió y conoció aquellos americanos y fué testigo ocular de su conducta, nada dice de su rabia, de sus aullidos, de sus contorsiones; y no lo hubiera omitido, si fuera cierto, por no ser muy partidario de los indios, como despues veremos, y porque hablando de los que trajo Colon, describe individualmente su entrada en Barcelona, su bautismo, sus nombres, y en parte, el fin que tuvieron. Dice que Cristóbal Colon condujo de la isla Española, despues llamada Santo Domingo, diez americanos, de los cuales, uno murió en el viaje; tres quedaron enfermos en Palos, puerto de Andalucía, donde murieron de allí á poco, segun conjetura; y los otros seis llegaron á Barcelona, donde se hallaba la corte á la sazón: que fueron bien instruidos en la Religion cristiana y solemnemente bautizados, siendo sus padrinos los reyes católicos y el príncipe D. Juan: que el principal de ellos, pariente del rey Guacanagarí, tomó en el bautismo el nombre del rey católico y se llamó D. Fernando de Aragon; que al segundo se dió el nombre del príncipe, y desde entónces se llamó D. Juan de Castilla; que el príncipe alojó á éste en su palacio y cuidó de su enseñanza; que aprendió muy bien la lengua española y murió de allí á dos años. Pedro Mártir de Anglería, que se hallaba en España, en la época de la llegada de Colon, hace mencion de los indios que trajo aquel famoso almirante, y no dice una palabra de su rabia; ántes bien, cuenta que cuando Colon regresó á la Española, lo acompañaron tres de aquellos indios, habiendo muerto los otros, á efecto de la mudanza de clima y de alimentos; y que se valió de uno de ellos para informarse del estado de los españoles que habia dejado en aquella isla.¹

¹ A las causas de la muerte de aquellos indios, citados por Pedro Mártir de Anglería, deben añadirse los males extraordinarios que sufrieron en aquella horrible navegacion, cuya descripcion puede verse en las car-

Fernando Colon, docto y diligente biógrafo de su padre D. Cristóbal, y que á la sazón se hallaba en España, hace una relacion menuda de las acciones y viajes de aquel ilustre navegante, habla de los indios que él mismo vió, y nada añade á los pormenores de Pedro Mártir de Anglería. Son, pues, falsas las noticias de Dappers, ó si no, diremos que los reyes católicos consintieron en ser padrinos de bautismo de unos hombres rabiosos; que el príncipe quiso tener consigo á un rabioso, para divertirse con sus espantables aullidos; que un rabioso aprendió bastante bien la lengua española, y finalmente, que el prudente Colon se sirvió de un rabioso para informarse de todo lo que habia ocurrido en una vasta posesion, durante su ausencia.

La anécdota de la leche en los pechos de los americanos, es una de las más curiosas de cuantas contienen las *Investigaciones filosóficas*, y de las más dignas de celebrarse con la risa general de los habitantes del Nuevo-Mundo; pero es necesario confesar que el investigador filósofo se mostró más moderado en esto que otros autores que él mismo cita. El célebre naturalista Johnston, afirma en su *Thaumatografía*, con la autoridad de no sé qué viajero, que en el Nuevo-Mundo casi todos los hombres tienen abundancia de leche en los pechos. "En todo el Brasil, dice el autor de las *Investigaciones históricas*, los hombres son los que dan de mamar á los niños, pues las mujeres tienen poquísima leche." ¡Qué excelentes materiales para una Thaumatografía! Yo no sé ciertamente lo que más deba admirar, si la temeridad y la desfachatez de los viajeros que propagan semejantes fábulas, ó la sencillez de los que les dan crédito. Si se hubiese observado aquel fenómeno en algun pueblo del Nuevo-Mundo (lo que jamás probará Mr. de Paw), ciertamente no bastaría esto para decir que en muchas partes de América abunda la leche en los pechos de los hombres, y mucho ménos para afirmarlo, como afirma Johnston, de casi todos los hombres del nuevo continente.

Las singularidades que observa Mr. de Paw en las americanas, serian sumamente agradables si fuesen ciertas; porque ¿qué más podrian apetecer que verse libres de los grandes dolores del parto, tener en abundancia el licor con que alimentan á sus hijos y ahorrarse en gran parte las incomodidades que trae consigo la evacuacion periódica? Pero lo que ellas tendrían á gran dicha, es, en sentir de Mr. de Paw, un síntoma cierto de degeneracion. La facilidad del parto demuestra, segun dice, la expansion del conducto vaginal y la relajacion de los músculos de la matriz por causa de la profusion de los fluidos: la abundancia de leche no puede provenir sino de la humedad de la complexion, y por lo demás, las americanas no se conforman con las mujeres del antiguo continente, el cual debe ser, segun la legislacion de Mr. de Paw, el modelo de todo el mundo. Pero, ¿no es cosa admirable que el autor de las *Investigaciones históricas* declare á las americanas tan escasas de leche que los hombres tienen que criar á los hijos, mientras el autor de las *Investigaciones filosóficas* atribuye á la complexion húmeda de las americanas la abundancia excesiva que tienen de aquel

tas del almirante, copiadas por su hijo D. Fernando. Del número de muertos que Pedro Mártir refiere, debe disminuirse el que conservó el príncipe D. Juan, pues murió dos años despues, como dice Oviedo. Pero aunque todos hubiesen muerto en el viaje, ó se hubiesen vuelto frenéticos, nada tendria de extraño, si se compara con lo que el mismo Mr. de Paw dice en la 3.^a parte, sec. 6.^a de sus *Investigaciones*. "Los académicos franceses tomaron más allá de Torneo dos lapones, que molestados y martirizados por aquellos filósofos, murieron de desesperacion en el viaje." Ahora bien, ni el país que dejaban los lapones, ni el viaje que hicieron, pueden compararse con el país y el viaje de los indios de Colon, ni yo puedo creer tan humanos á los marinos españoles del siglo XV, como á los académicos franceses del siglo XVIII.

licor? ¿Y quién no echará de ver, al notar estas y otras contradicciones y disparates, publicados en Europa de pocos años á esta parte, que los viajeros, los naturalistas, los historiadores y los filósofos europeos, han hecho de la América el almacén general de sus fábulas y de sus delirios; para dar más amenidad á sus obras con la novedad de las observaciones, atribuyendo á todos los americanos lo que se ha notado en algunos individuos ó quizás en ninguno? ¹

Las americanas, sometidas á la sentencia comun de su sexo, no paren sin dolor, pero tampoco echan mano del aparato de las damas europeas, porque son ménos delicadas y no temen tanto la molestia ni el sufrimiento. Tevenot dice que las mujeres del Mogol paren con suma facilidad, y que en el día siguiente al del parto, se las ve andar por las calles, sin dudar por esto de su fecundidad ni hallar nada que decir contra su complexion.

La cantidad y la calidad de la leche de las mujeres americanas son bien conocidas en México á las señoras europeas y criollas, que ordinariamente les confían la crianza de sus hijos, y saben que son sanas, robustas y diligentes en el desempeño de aquel ministerio. No basta decir que se habla de las americanas antiguas y no de las modernas, como tal vez responde Mr. de Paw á su adversario Pernety; pues además de que sus proposiciones contra ellas están en tiempo presente, como sabe todo el que ha leído su obra, aquella distincion no puede aplicarse á muchos países de América y especialmente á México. Los Mexicanos usan generalmente la misma clase de alimento que usaban sus progenitores ántes de la conquista. Habrá mudado quizás el clima en otras partes por la destruccion de los bosques y por las aguas estancadas; mas en México no se ha notado la menor alteracion. Los que han comparado, como yo lo he hecho, las relaciones de los primeros españoles con el estado presente del país, saben, del modo más positivo, que existen los mismos lagos, los mismos rios y casi los mismos bosques que en otros tiempos.

En cuanto á la evacuacion periódica de las americanas, ni yo puedo dar cuenta de ella, ni creo que haya muchos que puedan darla. Mr. de Paw, que desde Berlín ha visto en América tantas cosas, ignoradas por los mismos americanos, habrá encontrado quizás en algun autor frances, el modo de saber lo que yo no puedo ni quiero averiguar. Pero suponiendo que esta evacuacion sea escasa é irregular en las mujeres de América, como pretende Mr. de Paw, nada se inferiria de aquel hecho en contra de su complexion; porque "la cantidad de aquella evacuacion depende, como dice muy bien el conde de Buffon, de la cantidad del alimento y de traspiracion insensible. Las mujeres que comen demasiado y hacen poco ejercicio, tienen los meses abundantísimos. En los países cálidos, en que la traspiracion es más copiosa que en los frios, la evacuacion es más escasa." Luego si esta escasez puede provenir de la sobriedad, del calor del clima y del ejercicio, ¿por qué se ha de atribuir á la mala complexion? Además, que yo no sé cómo ajustar esta escasez de menstros con aquella superabundancia de fluidos que Mr. de Paw supone en las americanas, como efecto del desconcierto de su constitucion fisica.

No son más eficaces las otras pruebas de la debilidad de los americanos. Dice Mr. de Paw que eran vencidos en la lucha por los europeos; que no podian llevar un peso mediano, y que se ha calculado haber perecido en un año 200,000 americanos, empleados en el trasporte de bagajes. En cuanto á lo primero, seria necesario que la experiencia de la lucha se hubiese hecho con muchos indi-

¹ Lo que digo de los escritores europeos de las cosas de América, no se entiende con todos; pues entre ellos hay hombres verdaderamente sabios y amantes de la verdad.

viduos de uno y otro continente y que el resultado se hallase apoyado en el testimonio de los americanos y de los europeos. Sea como fuere, yo no pretendo que aquellos sean más fuertes que éstos: los americanos pueden serlo ménos, sin que esto baste á decir que positivamente son débiles y que en ellos ha degenerado la especie humana. Los suizos son más fuertes que los italianos, y no por esto creemos que los italianos han degenerado, ni acusaremos el clima de aquella península. El ejemplo de 200,000 hombres muertos en un año, bajo el peso de los bagajes, si fuese cierto, no probaria tanto la debilidad de los americanos como la inhumanidad de los europeos. Como perecieron aquellos 200,000 hombres americanos, hubieran perecido 200,000 prusianos, si se les hubiese obligado á hacer un viaje de 300, 400 ó más millas, con 100 libras de peso en los hombros de cada uno; si hubieran llevado al cuello gruesas argollas, sujetas con cadenas de hierro, obligándolos á caminar por montes y asperezas, cortando la cabeza á los que se cansaban ó á los que se les rompian las piernas, para que no detuviesen á los otros, y dando á todos un mezquinísimo alimento, para sobrellevar tan enorme fatiga. El señor Las Casas, de cuyas obras sacó Mr. de Paw el hecho principal de la muerte de aquellos 200,000 hombres, refiere tambien todas las circunstancias que acabo de indicar; conque si lo cree en lo uno, tambien deberá darle fé en lo otro. Pero un filósofo que tanto pondera las cualidades físicas y morales de los europeos á expensas de los americanos, debería abstenerse de citar unos hechos tan poco favorables á los objetos de su admiracion. Es cierto que no pueden inculparse á la Europa ni á ninguna de las naciones que la componen, los excesos en que incurren algunos de sus individuos, especialmente en países tan remotos de la capital y contra la voluntad expresa y las órdenes repetidas de los soberanos; pero si los americanos quisieran servirse de la lógica de Mr. de Paw, podrian de muchos de estos antecedentes particulares deducir consecuencias universales contra todo el antiguo continente, pues aquel escritor forma á cada tres palabras argumentos contra todo el Nuevo-Mundo, de lo que solo se ha observado en un pueblo ó en un individuo, como puede ver todo el que lea sus obras.

Concede á los americanos una gran ligereza y velocidad en la carrera, porque desde la infancia se acostumbran á este ejercicio. Por la misma razon no debería negarles la fuerza, pues desde niños se acostumbraban, como consta por sus pinturas, á llevar grandes pesos, en cuyo ejercicio debían emplearse durante toda su vida; ántes bien, segun los principios de aquel autor, ninguna otra nacion debería serles superior en esta parte, pues ninguna se ejercitaba, como los americanos hacian, en el trasporte de grandes pesos, careciendo de bestias de carga ¹ de que otros se sirven. Si Mr. de Paw hubiera visto, como yo, los enormes pesos que llevan á hombro los americanos, no hubiera osado echarles en cara su debilidad.

Nada prueba la robustez y fuerza de aquellos pueblos, como las grandes fatigas en que están continuamente empleados. Mr. de Paw dice, que cuando se descubrió el Nuevo-Mundo, no se veía más en su terreno, que espesísimos bosques; que en el día hay algunas tierras cultivadas; mas no por los americanos, sino por los africanos y europeos: que el terreno cultivado con respecto al inculto, está en proporcion de 2,000 á 2,000,00. ² Estas tres especies son otros

¹ Aunque los peruanos tenían animales de carga, no podian servir para la conduccion de aquellas grandes piedras que se hallan en algunos de sus edificios, como en los de México: conque no teniendo máquinas para facilitar la operacion, solo debían emplearse en ella las fuerzas del hombre.

² Hubiera sido mejor decir: "en la proporcion de 1 á 1,000," porque significa lo mismo con números más simples.